

LA APOROFOBIA EN LA SOCIEDAD Y EL ESTADO



Cuando Adela Cotina¹ acuñó la palabra aporofobia (del griego áporos -el que no tiene recursos- y fobos -miedo-) como invisibilización, rechazo, aversión, temor y desprecio hacia el pobre, hacia el desamparado, hacia el más débil que, al menos en apariencia, no puede devolver nada bueno a cambio, pudimos evidenciar una realidad que todos los días se cruza en nuestro camino.

Cuántas veces nos molesta que la persona guarda de seguridad nos salude de tu a tu, o intentamos ignorar e invisibilizar a la señora de cafetería que comparte el ascensor, o evitamos el saludo efusivo de una persona participante de nuestros programas, o nos sentimos más importantes dando órdenes o maltratando en público a un subalterno.

La aporofobia no necesariamente se expresa en agresión física y violenta hacia personas, muchas veces pareciera imperceptible, pero no lo es. Si ves que alguien que conoces te vio pero te ignora puede ser aporofobia porque te considera inferior a él o ella.

Pero no solo eso, la aporofobia también se expresa para diferenciarse de todo aquel a quien se considera inferior y va creando escalas aporofóbicas.

El más rico compra en tiendas exclusivas de Nueva York para diferenciarse de los demás, circula en vehículos de alta gama, tiene avión privado, vive en mansiones en exclusivos lugares del mundo, ve a sus altos ejecutivos solo como máquinas de hacer dinero y nunca les invita a sus bacanales.

El alto ejecutivo tiene a sus hijos en colegios privados que cobran astronómicas cifras, tiene ascensor privado para su apartamento en zonas exclusivas de la ciudad, paga acciones en clubes a los cuales solo unos pocos pueden acceder y viaja en clase ejecutiva para no mezclarse con los demás pasajeros del avión.

El que viaja en avión clase turista generalmente lo hace porque tuvo capacidad de ahorro o endeudamiento para ir de paseo, por negocios o por trabajo. Es una persona con ingresos medios, está pagando su vivienda, tiene un buen salario o una pequeña empresa que le genera unos ingresos suficientes para no viajar por tierra en buses que huelen a sudor.

¹« Tribuna | Aporofobia ». El País. 7 de marzo de 2000. Consultado el 2 de abril de 2019.



El transporte terrestre es usado por las personas de ingresos medios y bajos que deben desplazarse por necesidad o por descanso, viven en arriendo, recarga minutos al celular y no les gusta mezclarse con los campesinos que se suben oliendo a cebolla y a boñiga de ganado.

El transporte urbano usado por una amplia gama de aporofóbicos, en el que muchos encuentran un punto en común, todos tienen aversión al habitante de calle, sucio, oloroso, que habla duro y nos sonríe como pidiendo afecto, a este todos decidimos ignorarlo, porque es el símbolo de nuestra aporofobia.

Cuando el hombre llega a su casa y maltrata a su esposa, a su hija, a su novia porque la considera más débil eso es aporofobia. Cuando la mamá maltrata a su pequeño hijo por cualquier excusa es aporofobia. Cuando el profesor, la jefe, el dueño, la supervisora, el policía, la funcionaria, maltratan al subalterno o al ciudadano, no es otra cosa diferente que aporofobia.

Cuando por compasión damos limosna con asco de la mano que la recibe, pero no damos soluciones a las causas de la pobreza estructural, eso es aporofobia.

Cuando le decimos que estamos ocupados o que ya vamos a cerrar y no atendemos al ciudadano, el mismo que ya conocemos de tanto venir a pedir que le aprueben un simple trámite, eso es aporofobia.

Cuando decidimos que es más fácil excluir a un participante porque no cumplió un requisito o una condición, a tomarnos el trabajo de subsanarlo para darle el "subsidio", subsidio este que no es otra cosa que parte de lo que la sociedad le ha arrebatado sistemáticamente durante cientos de años a su familia, eso es aporofobia.

Cuando un alcalde decide retirar a un vendedor del espacio público, que es lo único que tiene para obtener un ingreso y llevar pan a su familia, por estar excluido del sistema económico, eso es aporofobia.

Cuando desde el nivel directivo del Estado generamos normas en favor de pequeñas minorías que controlan poder y riqueza en detrimento y perjuicio de las mayorías excluidas y pobres, eso es aporofobia.

Saludamos con respeto al ministro, gerente, director, propietario de una cadena de tiendas, empresario o jefe, sin importar que sea afrodescendiente, oriental, musulmán, extranjero, mujer, persona con discapacidad o adulto mayor. Pero cuando detectamos que la otra persona tiene ingresos inferiores a mí me vuelvo aporofóbico, con distintas connotaciones algunas denominadas xenofobia, racismo, machismo, fundamentalismo.

Todo elemento diferenciador con el cual se busca crear una barrera con otras personas por su condición social económica o cultural es un mecanismo de aporofobia.

La segregación se convierte entonces en aporofobia colectiva cuando las administraciones locales promueven la segregación espacial y construyen infraestructura para quienes tienen poder y riqueza y permiten que los más pobres vivan en barrios ubicados en la periferia de la ciudad sin redes de servicios públicos, sin vías pavimentadas, sin servicios sociales básicos, requiriendo dos y tres pagos de transporte, aun contando con cuantiosos presupuestos públicos y cuando el común de los ciudadanos da por aceptado este hecho porque "así lo quiso Dios".

La aporofobia social aparece cuando hay un consenso tácito en volver normal la indignidad humana, expresado en indolencia social, como cuando vemos cada mañana las calles de las





ciudades con cientos de personas durmiendo en el concreto sin sentir el más mínimo remordimiento, ni protesta social alguna hacia el Estado por el abandono a qué son sometidas las personas que deberían gozar del mismo trato derechos y libertades que los demás ciudadanos.

Dime con quién andas y te diré quién eres, por la maleta se conoce al pasajero, el mono aunque se vista de seda mono de queda, son frases construidas para generar estigmatización social que refuerce la aporofobia aún entre los más pobres.

Es hora de empezar a cambiar estas conductas: tratar por igual a todos los que están a nuestro alrededor independiente de su condición, sus ingresos, su vestuario, su forma de hablar, sus defectos. Tal vez de ellos también tengamos algo que aprender, tal vez ellos sean más que nosotros en muchos aspectos, tal vez podamos aprender que su trabajo es tan importante como el mío, sus ideas tan valiosas como las mías, su espacio tan respetable como el mío, aprender que ellos al igual que nosotros nacieron seres humanos con un corazón que late y que un día, al igual que el de nosotros, dejará de latir y aun cuando su tumba sea de oro se convertirá en materia inerte.

Por qué entonces no podemos hacer que una, al menos una persona más de las que figuran como frías cifras, pueda gozar de algún derecho de los que durante milenios han sido vulnerados? Esa persona seguramente no la verás pero te la encontrarás en cada instante de dedicación a tu trabajo en Prosperidad Social. No te pedimos lástima porque la lástima es un valor aporofóbico de arriba hacia abajo, te pedimos respeto al otro que debiera ser igual a ti, igual en derechos, no los que están en normas, sino los reales ante la vida, de los que ha sido excluido sistemáticamente y que al Estado -que eres tu como servidor público-, le corresponde restablecerlos.

¿Será que en Prosperidad Social hay aporofobia cuando les prohibimos vender fruta a las señoras de cafetería, mientras decimos que estamos trabajando por la inclusión productiva y la superación de la pobreza?, ¿Será que Prosperidad Social, cabeza del sector de la inclusión social, es aporofóbica cuando no genera espacios de dialogo, bienestar, ascensos y desarrollo con sus trabajadores y sindicatos?, ¿Será que somos aporofóbicos cuando creamos tantos requisitos y procedimientos complejos para que el pobre, el débil, la persona víctima, le sea complejo acceder a los recursos que el Estado ha dispuesto para promover que la igualdad sea real y efectiva como lo reza nuestra constitución?

En algunos casos la aporofobia es un mecanismo de dominación para garantizar que los más débiles se pongan al servicio de los más fuertes, tal es el caso de quienes prestan sus servicios bajo la modalidad de contrato de prestación de servicios, quienes son utilizados muchas veces como gancho ciego por el nivel directivo de las entidades, para que firmen documentos que contienen alguna irregularidad y del cual saben que no será firmado por un servidor de carrera, porque este conoce que ante la ley es un hecho delictivo. Ante esta situación algunos directivos aporofóbicos de no pocas entidades, optan por tildar de malos a los servidores que ingresan por meritocracia, cuando la realidad es que son los mejores tanto que no se prestan para hechos de corrupción.

